

El Partido Socialista y el proceso político nacional

El Partido Socialista, a través de sucesivas reuniones, ha ido madurando una concepción acerca de la naturaleza de los procesos de cambio que deben ser impulsados con la instauración del Gobierno Popular. La tenaz lucha de esclarecimiento ideológico sostenida por el Partido ha dado como resultado una definición del movimiento popular, encabezado por el Frente de Acción Popular, en cuanto decidirse por un categórico rechazo de cualquier compromiso con fuerzas de derecha encubiertas (como es el caso de la Democracia-Cristiana), por atentar contra las metas intransables del movimiento y comprometer su acción en una política de equilibrio de intereses. Así lo demuestran los acuerdos de Las Vertientes.

Como prueba de la ofensiva ideológica y política impulsada por el Partido Socialista están los documentos que la dirección ha ido entregando a diferentes Plenos Nacionales, especialmente los que se desarrollaron en diciembre de 1962 y octubre de 1963.

De la lectura de esos informes políticos se desprende cómo la posición sostenida por el Partido Socialista, desde la época de la línea del Frente de Trabajadores, ha sido el factor determinante en la orientación fundamental del movimiento popular.

Entregamos, a continuación, algunos extractos de estos documentos que ilustran dinámicamente sobre el análisis que los socialistas han ido haciendo de la realidad nacional durante los últimos meses.

Panorama de la situación durante 1962

Varios de los factores que simbolizan la profundidad de nuestra crisis: el colapso de nuestro comercio exterior, puesto trágicamente de relieve el 28 de diciembre del año pasado, y que, hasta ahora, no encuentra paliativo en el arsenal de recursos del gobierno alessandrista; un endeudamiento en el exterior —público y privado— sin precedentes; un déficit presupuestario que alcanza a 400 millones de escudos; una inquietud social derivada de la restricción brutal de los medios de vida de las clases populares, constituyen los aspectos salientes de un deterioro económico sin paralelos en las experiencias gubernativas exteriores. Como manera de simular la normalidad, y aun, de dar cierta sensación de que el país restablece su ritmo de desarrollo, el gobierno ha venido manejando ciertos grandes proyectos, cuya eficiencia anticipadamente negamos.

El Plan Económico Decenal, adoptado burocráticamente al margen de la discusión colectiva, con metas de una modestia impresionante por su mezquindad, y con un financiamiento inexistente o precario, demuestra sólo el propósito de asimilar en apariencia las técnicas modernas de la promoción económica y de dar ribetes de originalidad a una política intrínsecamente arcaica.

La "Reforma Agraria", recientemente promulgada, fuera de modificar la nomenclatura de ciertas instituciones, no ofrece solución real para los problemas del agro chileno. En los próximos 10 años, a lo más, permitirá radicar parte del aumento vegetativo de la población rural. Finalmente, el proyecto de Reforma Tributaria, notoriamente regresivo, deberá ser soportado principalmente por las clases modestas. En suma un conjunto de fraudes políticos y legislativos que el país tiene plena conciencia no habrán de atenuar sus males, sino al contrario, servirán apenas

de paliativos para crear la falsa ilusión de que la crisis es pasajera y temporal.

En el último de estos proyectos, el de Reforma Tributaria, estudios realizados por los técnicos de la izquierda demuestran que las nuevas cargas recaen exclusivamente en los sectores más pobres. Por vía de ejemplo, quienes percibían hasta 3 sueldos vitales, estaban exentos del pago de impuesto a la renta en el régimen actual. El proyecto referido impone a esos sectores, de ingresos modestísimos, una tasa del 10%, lo que virtualmente implica confiscar en favor del Estado más de un mes completo de sus remuneraciones anuales a quienes hoy no tributan nada, por estimarse que sus ingresos son exageradamente exigüos. La conciencia del fracaso, la impresión de hallarnos frente a una dramática coyuntura imposible de ser remontada con las técnicas en uso por los intereses que gobiernan el país, no sólo abarca a los sectores populares; diariamente la prensa, aun la de derecha, debe acoger en sus páginas los acuerdos de los constructores, de los agricultores, de los industriales, de los comerciantes, reclamando por el incumplimiento, por parte del Estado, de compromisos de todo orden, por la ausencia de una política clara, por la inseguridad en que se desenvuelven los negocios. De nada han servido las generosas ofertas de la Alianza para el Progreso, las visitas de los Inspectores del Fondo Monetario Internacional, del Banco Interamericano y de toda esa constelación de instituciones internacionales fundadas con el pretexto de ayudar a los países retrasados. Tampoco han servido para mucho las visitas de Ministros y funcionarios chilenos a los círculos financieros y estatales norteamericanos para mantener la corriente de préstamos extranjeros que ha permitido, hasta ahora, sostener un simulacro de normalidad.

La Derecha a la defensiva

En la Derecha se advierten 2 tendencias para apreciar la situación. El sector de los "ultras", de los "gorilas" no se resigna a la eventual derrota y busca, a través de organizaciones y maniobras de resistencia, la manera de evitar los cambios que se avecinan. Otro sector, más resignado o con mayor confianza en la estabilidad de sus privilegios actuales, evita toda posición abiertamente ofensiva contra el movimiento popular y un alineamiento exageradamente servil frente a la política norteamericana. Los "ultras" reclaman con impaciencia una acción preventiva, basada, primero, en una solidaridad incondicional con la política yanqui, tanto en el terreno diplomático como en el económico, formulada a través del Departamento de Estado o de sus agencias internacionales. En seguida, en la organización inmediata de grupos de choque, destinados a evitar el normal proceso electoral, a alterar sus resultados, o, eventualmente, a impedir la consumación de una victoria popular.

Como una salida intermedia se agita en los medios reaccionarios la posibilidad de encontrar mecanismos espúreos aunque aparentemente constitucionales, para realizar una elección dirigida. Finalmente, como camino menos áspero, también se preservan en obtener una alianza de partidos antipopulares, insuficientemente amplia para garantizar, desde luego, una victoria electoral para las fuerzas que defienden el statu quo.

Reforma Constitucional, destinada a arrasar

con toda libertad electoral y que tiene en los círculos fanáticos del Opus Dei a sus principales gestores. Ellos desearían clasificar, burocráticamente, la opinión nacional canalizándola tendenciosamente en favor del **marxismo** o en favor de lo que ellos llaman **democracia**. En ningún país del mundo, se ha propiciado una solución constitucional más hipócrita; la esencia de la propia democracia representativa que dicen defender garantiza a la opinión pública la libre agrupación de las tendencias que habrán de dirimir cualquier contienda electoral. La clasificación administrativa de los partidos y de los electores constituye, pues, una violación inaudita de las normas republicanas e implica el propósito encubierto de imponer una dictadura.

La pretensión de aglutinar voluntariamente alrededor de la defensa del orden actual a un bloque de fuerzas capaz de lograr la derrota del candidato popular, sólo ha conseguido dar nacimiento a un precario y vacilante Frente Democrático, con la participación directa y oficial de los partidos de gobierno. La heterogénea inspiración ideológica de esos sectores políticos, los intereses electorales y administrativos que los separan, las rivalidades que se advierten en el plano de las soluciones presidenciales, hacen que hasta hoy la constitución del Frente Democrático, a más de no haber logrado reclutar a la Democracia Cristiana para sus fines, tampoco tenga la solidez indispensable para salvar la continuidad del sistema.

Proceso político nacional después de las elecciones municipales

Pasadas las elecciones municipales de abril, las fuerzas políticas que operan en la realidad nacional definieron sucesivamente su actitud frente a la contienda presidencial. A fines de enero, la Asamblea Presidencial del Pueblo, convocada por el FRAP, proclamó la candidatura del camarada Salvador Allende. Posteriormente a los comicios del 7 de abril fueron proclamadas las candidaturas de Julio Durán, por los partidos Conservador, Liberal y Radical, que forman el llamado Frente Democrático; Eduardo Frei, por el partido Demócratacristiano; y Jorge Prat, por fuerzas independientes entre las que, curiosamente, aparecen mezclados familiares de los ex Presidentes Arturo Alessandri y Carlos Ibáñez.

Examinaremos cada una de estas postulaciones para establecer objetivamente los hechos que permitan al Pleno obtener una información general del proceso político.

Las tres candidaturas adversarias, típicamente representativas de los intereses de clase de la burguesía nacional y de la hegemonía económica y política del imperialismo, desarrollan sus campañas con suerte distinta y encontradas alternativas. Las votaciones obtenidas por el Frente Democrático y la Democracia Cristiana, en abril, no son, a juzgar por los acontecimientos de la hora presente, una base cierta para determinar la fuerza real de las respectivas candidaturas. Por ejemplo, el menos avisado de los observadores puede advertir que, en estos momentos,

la candidatura de Durán tiene mucho menos posibilidades que la de Frei, en circunstancias que en abril la votación del Frente Democrático superó en un 95% a la votación de la Democracia Cristiana. Asimismo, la candidatura de Jorge Prat, que actualmente aparece constreñida a un sector independiente muy precario, puede en determinado instante del proceso —de ser realmente el albacea en las aspiraciones políticas del Presidente de la República— adquirir una importancia política inusitada.

Por eso, con lógica consecuencia, "El Mercurio" agrega que no se va a solucionar ese problema con soluciones simplistas, es decir, cambiando a Durán con Alessandri. Quiere decir que mientras la burguesía enfrente al candidato popular con dos postulaciones del mismo calibre político y electoral, en tanto corre el riesgo de dividir aritméticamente sus fuerzas, ninguna esperanza tiene de conservar el poder.

Para la Derecha, dentro de las posibles alternativas electorales, la situación actual es la mejor, excepción hecha de la candidatura callampa de Jorge Prat que "El Mercurio" no desperdicia oportunidad para censurar. Con Durán transformado en Catapilco Radical, como factor congelador de una fuerza relativamente importante —y talvez decisiva en un momento dado— la Derecha puede jugar la carta de Eduardo Frei con extraordinarias posibilidades de éxito.

Esta situación la comprende mejor que nadie la Democracia Cristiana y, particularmente, Eduardo Frei. El partido Demócrata Cristiano jugó en las elecciones municipales su derecho a la primogenitura y, concretamente, lo ganó. Los 25.000 sufragios que obtuvo por encima del Partido Radical, tomando en cuenta un índice de crecimiento excepcional, demostraron a la burguesía nacional que la Democracia Cristiana tiene audacia, garra, decisión y mística suficientes, que es el único contendor capaz de enfrentarse al avance arrollador del movimiento popular. En efecto, apoyada por la Derecha política, por los grandes consorcios financieros, por la Iglesia, la Democracia Cristiana, haciendo un juego político en que se mezclan la demagogia populista, los prejuicios religiosos y la más desorbitada publicidad, se presenta, en estos momentos, como una fuerza electoral en ascenso.

En el último Pleno, tuvimos oportunidad de examinar el carácter ideológico y la estrategia política de la Democracia Cristiana. Con motivo de la tortuosa maniobra enca-

minada a dividir el PADENA —objetivo que consiguió— el Pleno adoptó una resolución que, en buena medida, desbarató el éxito de todos los objetivos demócratacristianos, el principal de los cuales, como lo hemos visto antes, era la postergación más o menos indefinida de la proclamación del camarada Allende por el FRAP. En esa oportunidad, nos enfrentamos con la actitud extremadamente cautelosa y vacilante de la Comisión Política del Partido Comunista. Y esta actitud, hay que decirlo francamente, ha impedido en los hechos un pronunciamiento categórico, duro, del FRAP contra la Democracia Cristiana y contra la conducta hipócrita de Eduardo Frei. Mucho hemos discutido este problema en las reuniones conjuntas de las Comisiones Políticas socialista y comunista. Aún, hasta hace muy pocos días, nuestros aliados sostenían firmemente que la candidatura de Durán era la más poderosa de las postulaciones enemigas, y que era posible convencer a la Democracia Cristiana para que diera su apoyo a la candidatura popular. Por ejemplo, en un manifiesto dado a la publicidad por la Comisión Política del PC, el 11 de agosto, se dice: "El Partido Comunista confía en que el pueblo sabrá encontrar el camino de su unidad más amplia, para enfrentar y derrotar a los principales culpables del atraso nacional, en una elección que tenderá a polarizarse en dos candidaturas absolutamente definidas: la de Salvador Allende, que representa al pueblo, y la de Julio Durán, que representa a la reacción más desenfrenada. Así está planteado el combate decisivo". Hace pocos días, el domingo 29 de septiembre, en una concentración pública en el Parque Bustamante, el camarada Luis Corvalán, Secretario General del PC, fue más explícito aún: invitó a la Democracia Cristiana a sumarse a la Campaña Presidencial del pueblo, con la garantía que en el futuro Gobierno Popular llegaría a tener responsabilidades proporcionales a su fuerza política real.

Sin embargo, en los últimos días el criterio de la Comisión Política Comunista parece haber variado sustancialmente. Han comenzado a dar a la candidatura de Eduardo Frei su verdadero significado y proyección. Existen condiciones en estos momentos para que el FRAP inicie una ofensiva a fondo contra la Democracia Cristiana. De todos modos, la orientación ideológica y política de esta ofensiva dependen de la firmeza del Partido Socialista, de una actitud muy firme de nuestra parte, que llegue hasta la intransigencia.

Análisis de la Democracia Cristiana

En los últimos años la Democracia Cristiana se caracterizó por un notorio desplazamiento hacia la izquierda. Casi desaparecieron los prejuicios para el entendimiento con las fuerzas populares y marxistas, con los partidos revolucionarios, con los sectores de vanguardia. Se ha producido, sin embargo, en los últimos meses, un retorno a la "neutralidad" política que caracterizó a la Falange Nacional en los años siguientes a su fundación. El lema "ni izquierdas ni derechas" que llevó al movimiento a declarar la libertad de acción frente al dilema Gustavo Ross y Pedro Aguirre Cerda, en 1938, vuelve a ser enarbolado como una definición del nuevo Partido Demócratacristiano. Por otra parte, si bien el lenguaje "anticapitalista" de la democracia cristiana se mantiene, y hasta se hace más enérgico, no tenemos una definición del sistema económico que según sus personeros debería substituir al capitalismo. En lugar de este régimen caduco, corrompido, ineficiente: ¿Qué ofrece la Democracia Cristiana? Fórmulas vagas sobre la propiedad comunitaria, esquemas igualmente equívocos acerca del carácter de la propiedad rural, recomendaciones de carácter social que no

La careta de los demócratacristianos

En los trabajos políticos del partido Demócratacristiano y de su candidato, Eduardo Frei, hay diferencias apreciables que deben ser analizadas.

La dirección demócratacristiana y, particularmente, su presidente, el diputado Renán Fuentealba, sostiene la línea populista y tratan de presentar al partido como una organización de centroizquierda, con una política avanzada, que sintetizan en los lemas de "revolución en libertad", de "educación y cultura es libertad", etc. Para dar un carácter amplio y popular a su movimiento, con las excrecencias divisionistas del PADENA, han organizado dos micropartidos; la Nueva Izquierda Democrática y el Partido Agrario Laborista. En la convocatoria de su "primer congreso de artistas e intelectuales" hay párrafos reveladores de esta política demagógica, que, afianzada por la fastuosa publicidad, puede lograr algún impacto que es necesario prevenir a tiempo. Dice, por ejemplo: "Vivimos una etapa histórica. Los viejos sistemas se derrumban para dar paso a una

cristalizan en formulaciones concretas para los problemas chilenos.

En las conversaciones informales y exploratorias sostenidas con la DC hace algún tiempo, muchos de sus más altos personeros nos plantearon el problema presidencial en los siguientes términos: la democracia cristiana tiene en sus manos la llave de la solución presidencial; si nosotros, añadían, vamos juntos con el FRAP, esta combinación de partidos ganará el poder; sí, en cambio, nos aliamos a las fuerzas del Frente Democrático, el FRAP no tiene posibilidad ninguna de victoria. En ambos casos, la argumentación servía para dar como cosa resuelta que el candidato debía ser un demócratacristiano. Más escuetamente todavía, el dilema se nos presentaba así: o nos apoya el FRAP o nos dejaremos apoyar por la derecha. Una tendencia responsable de la opinión pública no puede estimar indiferente llegar al poder con el apoyo de las fuerzas populares de avanzada, que buscan reformas estructurales, o con la colaboración activa y por supuesto, interesada, de los sectores oligárquicos representados en los partidos reaccionarios.

nueva organización en la cual el pueblo tendrá real acceso al gobierno político, a la justicia social, al bienestar económico y a la cultura. Ante los cambios que inexorablemente se avecinan debemos preguntarnos cómo la sociedad del futuro saciará la sed de justicia del pueblo, sin menoscabar el derecho del hombre a crear, investigar, criticar, a desarrollar su infatigable tarea de buscar la verdad sin miedo ni presiones. Para que la justicia social sea completa, debemos buscar la emancipación económica del hombre y junto con ella su independencia intelectual".

Estas frases, que denuncian ante todo una audacia sin límites, una falta total de escrúpulos ideológicos y la más desvergonzada demagogia, están destinadas a confundir a muchos sectores de profesionales, técnicos, intelectuales y artistas. ¿Hemos hecho algo para combatir y aplastar esta hipocresía política transformada en elemento de penetración y presión electoral?

La Revista "Visión" órgano del Departamento de Estado Norteamericano, que se di-

fundé ampliamente en todos los países de América Latina, califica a los Demócrata Cristianos de "socialistas que rezan". Refiriéndose al PDC, de Chile, en su edición del 26 de julio último, dice: "Quizás uno de los aspectos más interesantes de la Democracia Cristiana chilena sea su influencia en los sectores estudiantiles y obreros. Los estudiantes demócratacristianos han desplazado a los socialistas y comunistas de sus posiciones en muchos centros de estudio y los dirigentes gremiales de la democracia cristiana disputan palmo a palmo, a comunistas y socialistas, la influencia directriz en muchos e importantes sindicatos. La Democracia Cristiana chilena es francamente de izquierda, y hay quienes censuran que, en ciertas ocasiones, las posiciones que adopta, sobre todo en el campo internacional, no se distinguen mucho de las que toman los comunistas. Frei, en una ocasión, formuló públicamente la siguiente pregunta: "Si el mundo marcha hacia la coexistencia pacífica, ¿por qué nosotros, en Chile, no podríamos tener con los comunistas la misma coexistencia?". "Hay quienes creen —agrega "Visión"— que en un esfuerzo por llegar al poder, la Democracia Cristiana está tratando de buscar el apoyo del frente socialista-comunista para las elecciones del año próximo".

La línea populista del partido Demócrata Cristiano fue expuesta en la cuenta de su presidente, Renán Fuentealba, en la última Junta Nacional del Partido, a mediados de junio último. Dijo: "Es por ideología, por doctrina y por convicción que hablamos de la sustitución del régimen capitalista. Es también por ideología, por doctrina y por convicción, que hablamos de libertad y de democracia. Y luego agregaba, como queriendo tranquilizar a algún temeroso y sentar las bases para alguna contingencia imprevista: "No somos anticomunistas profesionales. Lo somos por incompatibilidad filosófica e ideológica. Hemos respetado y respetaremos siempre el derecho que tienen los comunistas a sostener sus ideas y a luchar por ellas, así como respetamos y respetaremos toda clase de organizaciones políticas y religiosas. De nuestras convicciones hemos dado testimonio en los hechos y los comunistas lo saben mejor que nadie, y muchas veces, cuando el bien así lo ha exigido, hemos tenido coincidencias y hemos ejecutado acciones comunes, dentro y fuera del Congreso".

Mientras la Democracia Cristiana agita los pendones izquierdistas y populistas, su candidato, Eduardo Frei, dentro de una estrate-

gia perfectamente sincronizada, acentúa sus características personales de austeridad, moderación y ponderada objetividad para apreciar la situación política y social. Es decir, todas aquellas cualidades que dieron tan buen éxito a la Derecha con Jorge Alessandri en 1958.

En abril, pocos días después de las elecciones municipales, Frei, hablando en una Universidad norteamericana, expuso en correcto inglés a sus auditores sus ideas sobre "religión y cambios sociales en Latinoamérica". Recogiendo la inspiración de los ideólogos de la Alianza para el Progreso, el candidato demócratacristiano dijo: "Las actuales clases dirigentes (de América Latina) desean a toda costa conservar el poder y para ello movilizan el poder que aún retienen. Su argumento central es que su caída es el advenimiento del comunismo, que es necesario conservar el orden, y ellos mismos se definen como representantes de la democracia... Frente a ellos el marxismo se presenta ante la masa como una alternativa simple, como una doctrina comprensible, como una técnica de acción. Es en estos tiempos cuando surge la Democracia Cristiana".

Este es justamente el lenguaje de Kennedy y sus amanuenses del programa de la Alianza para el Progreso. Este es el lenguaje de los editoriales del "New York Time" y de los principales periódicos reaccionarios de América Latina. Entre la oligarquía y el marxismo, hay que crear las condiciones económicas y sociales para que advenga al poder la burguesía progresista, la burguesía de las reformas estructurales.

En una entrevista publicada por la revista "Ercilla", a principios de julio, caracterizando las fuerzas políticas nacionales, Frei decía: "Sobre los tres bloques políticos puedo decir que ellos responden a tres posiciones ideológicas, a tres fuerzas sociales, a tres actitudes. No son una ficción política, sino una realidad profunda. Tres caminos distintos e inconfundibles. El Frente Democrático reúne el complejo de fuerzas que representan y sostienen el orden establecido: el FRAP responde sustancialmente al socialismo y al comunismo, o sea, la ideología marxista que quiere cambiar el orden social según su filosofía, métodos y técnicas. La Democracia Cristiana representa una filosofía universal de inspiración cristiana, que quiere cambios igualmente profundos dentro del encuadre de su visión del hombre y sus derechos y su dignidad personal".

Pero fue su último discurso, pronunciado

ante los representantes de las Fuerzas Armadas en retiro que apoyan su candidatura, el 14 de septiembre recién pasado, (1) el que mejor define la posición de Eduardo Frei, de mano tendida a la Derecha. Refiriéndose principalmente a las reformas constitucionales propiciadas por el Presidente Alessandri, Frei compartió la idea básica: "Estoy plenamente de acuerdo con la necesidad de reformas constitucionales profundas, porque es evidente que las condiciones económico-sociales e históricas deben reflejarse en los mecanismos institucionales". Y, luego, con las mismas aprensiones del "Mercurio", advirtió: "Por último, declaramos que estas reformas deben presentarse libres de toda sospecha o intención política transitoria, lo que ocurriría si ellas condujeran a modificar las condiciones de la lucha presidencial cuando ya la elección se aproxima".

¿Hay alguna diferencia entre estas frases, en su letra y en su espíritu, y las del comentarista político de "El Mercurio"?

Para qué decir que en esa proclamación de Frei por miembros de Fuerzas Armadas en retiro estaban presentes personajes tan reaccionarios como el General Benjamín Videla Vergara, Ministro del Interior en la época del 2 de abril de 1957. Al día siguiente, un connotado partidario de la candidatura de Jorge Prat, el General Roberto Larrain

Gundián confesó, en una inserción publicada por "El Mercurio", que se había mantenido reticente en firmar su adhesión a Frei, "porque en mi conciencia sonaban muy fuerte las clarinadas del candidato independiente señor Prat". Sin embargo, dichas clarinadas no habían podido silenciar la elocuencia del discurso de Frei, y la conciencia del General Larrain había dado una voltereta fulminante, declarándose, desde ese momento, "abierto partidario del candidato don Eduardo Frei".

A la orden de los Generales reaccionarios y pronazis, toda la Derecha se apresta para apoyar a Frei. Y dándole un consejo paternal, "El Mercurio", viejo y diablo, le susurra al oído, que "el apoyo de los sectores no comprometidos políticamente sólo va a lograrse si se puede o se sabe asumir la posición en que el público tiene colocado al Excelentísimo señor Alessandri". (6 de octubre de 1963).

En estas condiciones, corresponde al FRAP y, muy particularmente, al Partido Socialista, iniciar una campaña intensiva de esclarecimiento del verdadero significado de la candidatura de Eduardo Frei. Es la genuina candidatura de la burguesía nacional y del imperialismo, lo que, por lo demás, corresponde a la trayectoria del propio Partido Demócrata Cristiano y su antecesora, la Falange Nacional, desde los días en que fue rama desgajada del podrido tronco conservador.

Posición internacional

Antes de entrar a este análisis, parece indispensable hacer una referencia general a las condiciones internacionales que en una forma tan visible se han alterado en los últimos meses y condicionan en forma preponderante el acontecer político. Nosotros recordamos en el último pleno nacional del Partido el origen y el contenido de una polémica sostenida con el Partido Comunista, que ha tenido amplia difusión en nuestras filas. En esa oportunidad, —no obstante sentir muy vivamente la adhesión de los socialistas con respecto a las tesis que nos tocó defender públicamente y que eran un desarrollo de las ideas aprobadas por el Congreso de Los Andes— advertimos, no obstante, más de alguna duda en los círculos directivos del Partido. Parecía que nuestra posición antibloquista, contraria al monolitismo directivo en el movimiento revolucionario, radicando su dirección en un país, y en un partido, que

todo carecía de un asidero firme en la realidad internacional. Hasta este momento, la tesis comunista en el sentido de que no era posible avanzar en el camino de la revolución y del socialismo, en la vía de la liberación antimperialista, sin el respaldo absoluto, incondicional, político y hasta bélico, de la Unión Soviética y del bloque que ella encabeza, estaba muy extendida.

Los acontecimientos de octubre y de noviembre, alrededor de Cuba, vienen a nuestro modo de ver, a reivindicar la profunda justicia en que se envuelven nuestras tesis, no sólo desde un ángulo ideológico sino, fundamentalmente desde el punto de vista político.

Los socialistas, no regateamos nuestro apoyo ni disimulamos nuestra ardiente simpatía por la revolución cubana. Ella tuvo su origen en las raíces mismas de su propia realidad, fue heroicamente conducida, original en su trayectoria, y luego fue profundizándose valerosamente en un sentido socialista bajo la

(1) Septiembre, 1963

dirección superior de Fidel Castro. No obstante, siempre nos preocupó —particularmente en las últimas fases de esta evolución— el empeño, a nuestro modo de ver exagerado, de los dirigentes cubanos por incorporarse de hecho al sistema político e incluso a los dispositivos militares del bloque dirigido por la Unión Soviética.

Las reiteradas afirmaciones de los primeros momentos en orden a mantener una política de no compromiso, de convivencia amplia, de relaciones directas y fraternales con los países que han enarbolado la bandera de la neutralidad, o, simplemente, de la independencia en sus relaciones internacionales, todo eso fue cediendo lugar a una reiteración frecuente de la identidad absoluta de puntos de vista entre la dirección de Moscú, y la dirección de la revolución cubana. Comprendiendo, sin embargo, nosotros, que por encima de todo, y arriesgándose a muchas actitudes de difícil interpretación, lo importante era sostener el proceso revolucionario, reconociendo su valor fundamental y la recia orientación de sus líderes principales, callamos estas observaciones estimando que nadie mejor que ellos mismos estarían en condiciones de elegir las vías que permitieran consolidar las conquistas socialistas logradas en Cuba.

Particularmente, reconocíamos como enteramente efectivo que los Estados Unidos aliados a determinados países centroamericanos serviles a su dirección, preparaban cínicamente una nueva invasión contra la isla. La situación cambió bruscamente de presentación y de intensidad cuando los EE. UU. decretaron lo que se llamó "la cuarentena" contra la Isla, que equivalía virtualmente a un bloqueo, vale decir, a un acto de guerra. Uds. conocen estimados compañeros, la forma y el itinerario de estos acontecimientos. Lo cierto, y lo importante para nosotros en este análisis que hacemos hoy, consiste, principalmente, en la forma en que reaccionaron por una parte las autoridades soviéticas, y, por otra, las autoridades norteamericanas y, finalmente, las cubanas, en la solución de la crisis que en ese instante estuvo a punto de abrazar el mundo en una contienda de carácter nuclear.

¿Cómo se llegó a este punto crítico?. Desde luego a través de la política bloquista de tipo hemisférico impuesta por EE. UU. sobre América Latina. A través de la OEA se ha venido perfeccionando un sistema diplomático y jurídico, un mecanismo de carácter militar, de claro contenido ideológico y económico en la actualidad. Esta es una Alianza

que no admite disidentes, un bloque bajo la dirección monopólica de los EE. UU., una agrupación de países comprometidos a sostener el régimen capitalista y la dependencia imperialista de los pequeños con respecto al gran coloso del Norte.

La Doctrina Monroe, y cualquier otro slogan de propaganda que sirva de cobertura a la Alianza, o de pretexto para perseguir al país que disienta de sus objetivos principales, como ha ocurrido con Cuba, no es sino, la expresión superficial de una actitud de hegemonía y de dominio que ha venido justificándose a lo largo de varias décadas bajo la bandera de la defensa de la civilización occidental, de la democracia, de la libre empresa. Pues bien: Cuba pretendió escapar a esa sujeción de los EE. UU. Pretendió hacerlo porque su régimen interno, porque el dinamismo de su revolución, porque sus objetivos socialistas la compelián a romper, también, desde el comienzo, las ataduras económicas foráneas que habían sido la causa y la raíz de su esclavitud.

A esta altura de los acontecimientos la URSS no escatimó oportunidades para hacer que Cuba fuera, progresivamente, identificándose con el bloque soviético y con los objetivos generales que unen militarmente a esos países bajo las cláusulas del Pacto de Varsovia. Llegada sin embargo la crisis, el mundo fue sorprendido por la súbita decisión de Kruschev, el Primer Ministro soviético, accediendo a las urgentes demandas de Kennedy y del Departamento de Estado con respecto a aquellos asuntos que aparentemente habían dado justificación al bloqueo. La exigencia del retiro inmediato de todo tipo de armamento ofensivo situado sobre la Isla, la exigencia de inspección sobre los barcos de cualquier nacionalidad que llegaran hasta Cuba y fueran sospechosos del traslado de armamentos de ese carácter, y, finalmente, la exigencia de una inspección directa sobre el terreno para confirmar el cumplimiento de estas condiciones como requisitos preliminares para la eliminación de la cuarentena, fueron, súbitamente, condiciones aceptadas por el gobierno soviético.

Frente a la crisis de octubre de 1962

Nosotros no queremos decir nada que públicamente debilite el prestigio de los dirigentes cubanos, o que disminuya el entusiasmo con que nuestro pueblo ha venido acompañando la gesta revolucionaria de Cuba, pero tenemos sobradas razones para subrayar en una reu-

nión del nivel de la que celebramos ahora, el olvido, a nuestro modo de ver gravísimo, que en ese instante se tuvo con la opinión de los cubanos acerca de la solución que el gobierno soviético y Kruschev en persona daban al problema. En otras palabras, nosotros aplaudimos categóricamente la sensatez, la ponderación y el sentido de responsabilidad con que el gobierno ruso encaró una situación de emergencia provocada con una violencia inaudita por el gobierno norteamericano; creemos, como ellos, que preservar al mundo de una pesadilla bien vale algunos momentos de reposo y más de algún aparente retroceso. Pero junto con ello, debemos reconocer la necesidad que en esta circunstancia, como en cualquiera parecida, los países que están directamente comprometidos en la escaramuza, en la contienda o en la crisis, por muy insignificantes que sean frente al poderío de las grandes potencias, deben ser consultados, deben dar su opinión y tienen un derecho soberano a hacerse escuchar frente a las soluciones discutidas en la mesa de negociaciones.

Las cinco condiciones esgrimidas posteriormente por Fidel Castro como requisitos indispensables para atenuar la tirantez, para disminuir la fricción internacional y alejar los peligros de guerra, no sólo reflejan este derecho soberano de Cuba a exigir garantías reales, sino que constituyen la única caución verdadera con respecto a futuras agresiones contra la Isla, constituye la única seguridad de que Cuba no deberá vivir eternamente con el arma al brazo, distorsionando y deteriorando con ello su economía y la única forma que se reconozca, literal y explícitamente, el derecho de un país latinoamericano a darse el régimen que crea preferible el interés de sus pueblos.

La ruptura del monolitismo (1)

Se ha venido agudizando en el curso de los últimos meses lo que ya parece un hecho histórico irreversible: la ruptura del monolitismo en la estructura comunista internacional. Se ha expresado, además de la polémica ruso-china, en la iniciativa de este último gobierno de romper las relaciones pacíficas con la India e intentar por la vía de la conquista militar la obtención de los territorios a que aspiran en la frontera. Frente a este conflicto, el Comité Central del Partido Socialista subrayó su posición en dos aspectos principa-

les. Por una parte deploró el uso, por un país socialista, de medios militares para zanjar un conflicto internacional de cuantía secundaria, dada la magnitud de los rivales en conflicto, y, en segundo lugar, hizo ver cómo los procedimientos de fuerza empujan al gobierno agredido —en este caso a la India— a buscar apoyo, solidaridad y sustentación política en sectores cada vez más reaccionarios, desplazándose del gobierno —precisamente— a los elementos progresistas y avanzados que aparecen ante la opinión pública como propicios al apaciguamiento, como débiles frente a los imperativos de la defensa nacional, como tolerantes con la agresión.

Contrariamente a lo que ha venido ocurriendo en otras partes, el proceso argelino parece consolidarse cada vez más en una línea de no compromiso, en una actitud flexible que le permita obtener los recursos materiales para el restablecimiento de la economía argelina, y para dar los primeros pasos hacia adelante en el desarrollo de su riqueza nacional. Políticamente, si bien se da un cuadro semejante al de Cuba, en cuanto se dirige la experiencia interna al establecimiento de un solo partido, pareciera que allí siguen vigentes los principios consagrados en la Conferencia de Belgrado, y que han contribuido tan poderosamente a impedir el estallido de una conflagración mundial. Parece allí también demostrarse que sólo en esa línea de no compromiso, de lucha práctica contra las tendencias bloquistas, de contribución real para disipar los peligros de guerra, parece que sólo a través de estas vías los procesos revolucionarios nacionales pueden conservar plenamente su vigencia histórica, abrir el campo necesario para expandirse de acuerdo con sus propias realidades, y descubrir formas de colaboración con todos los pueblos de la tierra que cada día hagan más segura la paz y más lejana la posibilidad de una guerra.

Paz y coexistencia pacífica

Sólo una paz multilateral democrática impuesta por todos los pueblos, garantizada por todas las naciones, sólo una situación de coexistencia pacífica y activa, podrá ser medio adecuado para la victoria real del socialismo. Otra paz, lograda por ejemplo, por medio, o derivada del temor recíproco a las represalias, o incluso aquella paz que puede resultar del acuerdo exclusivista entre los Dos Grandes, podrán ser alivios transitorios, soluciones temporales para los procesos revolucionarios,

(1) Ver exposición del Secretario General, senador Raúl Ampuero, publicada en ARAUCO N° 42, julio 1963.

pero no el medio definitivamente adecuado para el progreso del mundo y para la liberación de los pueblos. De ahí que ahora, como nunca, la lucha por una auténtica paz deba ser una de las preocupaciones principales de los socialistas. Faz, para que cada país resuelva sus propios problemas y conquiste su total soberanía; paz, para que cada pueblo elija el sistema económico y social que la mayoría de sus habitantes desea; paz, con igualdad y dignidad entre todas las naciones; paz, pero no al precio del establecimiento de zonas de hegemonía que implique transacciones políticas entre los principales contendores, con olvido de los intereses y esperanzas de las pequeñas naciones.

Vivimos, como lo advierte cada uno de nosotros, como nos lo dice la prensa diaria, como lo intuyen las masas, en un mundo que avanza inexorablemente hacia la declinación final del capitalismo. En todas partes, cualquiera que fuesen las peripecias de esta lucha, se acumulan los elementos objetivos, se perfeccionan los instrumentos políticos destinados a construir el mundo socialista del futuro. Hasta en los sectores más conservadores, o más moderados, o más pudientes, hay la conciencia de que las cosas caminan hacia una nueva versión de la sociedad.

El imperialismo ensaya posiciones aparentemente progresistas, como una manera de contener la avalancha; la Iglesia Católica procura remozarse y aborda con audacia temas que antes parecían impíos, ajenos al espíritu religioso; los partidos que carecen de una solución global para los problemas que enfrenta la sociedad se declinan, se agotan, se debilitan. Los pueblos, por el contrario, cada día adquieren una mayor confianza en sus medios, una visión más nítida de sus metas. Chile mismo necesita remedios energéticos, una alternativa real al régimen decadente. Los deseos vehementes de un cambio en la estructura, la necesidad de adquirir una conciencia nacional efectiva, el deseo de abrazar una empresa capaz de movilizar los recursos humanos y materiales del país, son todos factores presentes en el medio chileno.

El significado de nuestra lucha

Nuestro pueblo ha soportado con una paciencia increíble el despojo de sus remuneraciones, una política económica que ha acrecentado sus miserias, las privaciones derivadas de estado de subdesarrollo que, dentro de los medios actuales, no parece tener término. Pero en el fondo de su conciencia y frecuen-

temente en la vehemencia de sus palabras, expresa la necesidad de buscar soluciones radicales, no soluciones de compromiso, no soluciones de transacción; cambios tan profundos que sean susceptibles de canalizar la desesperación colectiva.

Esta es nuestra primera y gran convicción. No podemos replegarnos tras líneas de batallas menos avanzadas que las del 58. Si ya entonces la mayor parte de nuestros trabajadores, importantes contingentes de los sectores medios, el grueso de nuestra juventud, se sintieron galvanizados por el llamado de la candidatura de Salvador Allende, por su plataforma programática y por sus propósitos políticos, nada hace pensar que hoy, en 1962, menos en 1964, puedan esos sectores conformarse con una solución distinta, más conservadora y menos audaz que aquella ofrecida en la anterior contienda presidencial.

Esto mismo lo ratificó literalmente el FRAP en su reunión de Las Vertientes. Y por eso, categóricamente, se pronunció por un candidato del Frente de Acción Popular, por un Programa Presidencial del Frente de Acción Popular, y por eso, añadió, que estos dos principios fundamentales de su acción no admitían transacciones de ningún orden, con ninguna corriente, con ningún partido.

Hoy debemos ratificarlo enérgicamente. El movimiento popular no puede retroceder. Debe partir de sus posiciones 1958, perfeccionarlas en su contenido programático y en su estrategia, afirmar su voluntad, ganar nuevos contingentes de ciudadanos, hombres y mujeres, reparar los vacíos, corregir sus defectos, pero avanzar siempre adelante sin admitir claudicaciones de ningún orden. Ahora bien. Si la naturaleza de nuestra campaña se halla definida en lo que acabo de manifestar, y sus objetivos son igualmente definidos, vale la pena analizar en qué medida aceptamos la vía electoral y los mecanismos democráticos para presentar batalla a nuestros enemigos tradicionales.

El tema es de la más alta importancia, y, hasta la fecha, una extraordinaria ambigüedad ha predominado para abordarlo. Ha llegado una época en que es preciso dilucidar el problema hasta donde sea factible con los elementos de juicio que tenemos a mano. En efecto, una cosa clara es la radicalización de nuestros objetivos, la determinación clara de metas que implican una transformación sustancial de la sociedad chilena, y otro asunto diferente es el de los medios que vamos a emplear para lograr esa misma transformación.

Hasta ahora, los elementos directivos de la

izquierda, por carecer precisamente de los datos objetivos que la realidad va produciendo día a día, nos hemos aproximado con cierta cautela a la cuestión en debate. Estamos de acuerdo en que se busca un cambio revolucionario, por su profundidad y por su consecuencia y, simultáneamente, tenemos plena conciencia de que los mecanismos electorales en uso están ideados para mantener el poder bajo el dominio de las fuerzas reaccionarias, de las fuerzas tradicionalistas, de los partidos históricos. No obstante, el sistema, como todos los sistemas democráticos formales, está sujeto a un riesgo para sus autores y para los intereses de las clases que representan. El riesgo consiste en que, por la formal amplitud de los recursos de elección popular, ellos pueden, en determinadas circunstancias históricas, ser aprovechados por las fuerzas populares para objetivos que escapan del cuadro de la sociedad tradicional. A nuestro modo de ver, Chile está viviendo una de esas coyunturas. Sin idealizar el alcance y el espíritu de los mecanismos representativos chilenos, pensamos que la pujanza del movimiento popular y el conjunto de factores internacionales y domésticos de que somos testigos, permiten suponer que existe posibilidad real de alcanzar en las elecciones presidenciales una victoria.

¿Es este cuadro efectivo? ¿Corresponde a la realidad? Es uno de los problemas que deberemos dilucidar en el Pleno, pero además de nuestra propia impresión, de que se presenta una oportunidad propicia para emplear los recursos creados por los partidos tradicionales en favor del pueblo, la opinión popular tiene una intuición semejante. Las masas vieron con claridad en 1958 cuán cerca estuvieron de un triunfo de proyecciones incalculables, y cómo factores relativamente secundarios conspiraron contra esa victoria. ¿Por qué, piensan ahora, no podemos dar la batalla en mejores condiciones, con mayor decisión, con mejores elementos de combate y lograr lo que no obtuvimos en la jornada anterior? (Si es efectivo que esta posibilidad existe, tenemos la obligación de utilizarla). Contestamos de esta manera a aquellos que sostienen que los socialistas, que el movimiento popular, propician la utilización de la violencia por una especie de indicación sádica, pero debemos responder también a aquellos otros que nos atribuyen el secreto propósito de no hacer la revolución simplemente por cobardía, por vacilación o por flojera.

El proceso social es mucho más complejo y no admite los fáciles silogismos. En Chile las condiciones efectivas de la insurrección no

existen en el plano inmediato. La victoria electoral aun reconociendo que se levantarán contra ella toda suerte de obstáculos, permite, sin embargo, el despliegue de enormes energías revolucionarias que —eventualmente— deberán consumir en los hechos el resultado de las normas. Si las masas tienen esperanzas en esta coyuntura, si agotando las posibilidades democráticas ganamos nuevos sectores para nuestra causa, si damos una motivación adecuada a la tradición chilena, a las multitudes trabajadoras, tenemos el deber de utilizar esta vía, y de utilizarla eficientemente para vencer.

No es lo mismo, camaradas, ser protagonistas de un proceso revolucionario que provocar un motín cualquiera. Una asonada puede fabricarse con un grupo resuelto de compañeros, pero carecerá de proyección social, no se injertará en la historia y constituirá, a menudo, apenas un acto inútil de provocación. Conducir, en cambio, un proceso revolucionario, sin supervalorar los elementos objetivos, actuando con la sensibilidad necesaria que para la madurez de las circunstancias sociales nos vaya aproximando realmente a un enfrentamiento formal con los adversarios de clase, es una dura tarea que no sólo requiere decisión sino, fundamentalmente, una gran claridad política en sus conductores.

Campaña electoral y los otros caminos

La campaña electoral misma debemos conducirla con este espíritu, con el espíritu de quienes están animando una gran empresa revolucionaria. A lo largo de ella las organizaciones populares de los más diversos tipos: sindicales, de pobladores, campesinas, estudiantiles, de técnicos y de intelectuales, los partidos políticos, deben ir adquiriendo un poder real, una autoridad sobre las masas que los hagan núcleos efectivamente promotores de una transformación sustancial. Si a lo largo, pues, de los meses que quedan hasta septiembre de 1964, nosotros logramos impregnar a las grandes mayorías nacionales de esta voluntad de poder, si somos capaces de desafiar la formalidad de las instituciones burguesas en crisis, estamos convencidos de realizar una faena revolucionaria. Todo lo que debilita la moral de victoria que necesitamos inocular, debe ser desechado. Hay que prepararse para ganar las elecciones, hay que movilizarse para ganar las elecciones, hay que crear los órganos de dirección del movimiento popular que nos permita retener

en las manos lo que los cómputos electorales expresen en las urnas.

No se trata de sembrar ilusiones. Durante el curso de estas jornadas, en la contienda electoral misma, y, posteriormente, una vez ungido Presidente de la República un representante del pueblo, se levantarán contra nosotros los elementos más cavernarios de la reacción chilena, y ellos, no nos cabe duda, apelarán a la violencia, a las organizaciones de choque, a la provocación y hasta a la subversión para enervar las garantías democráticas.

Aceptamos la vía electoral para dar esta batalla, pero no predicamos la paz frente a quienes organizan la violencia en cualquiera de sus formas.

El proceso electoral está ya en marcha y cualquiera alteración constitucional impuesta por la actual mayoría, en nuestro criterio, la colocaría fuera de la ley. Una cosa es atenernos a las normas vigentes y, otra, reconocer como legítima la voluntad arbitraria de la mayoría parlamentaria actual para alterarlas en forma que garanticen su victoria y hagan irrevocable nuestra derrota. Si llegara a consumarse el propósito, muchas veces exteriorizado, de establecer una suerte de "elecciones dirigidas", si se impusiera una reforma constitucional que coloque en inferioridad de condiciones a las tendencias populares, estimaríamos lícitos todos los medios, incluso los de la violencia, para impedir tal forma y para desalojar del poder a quienes nos niegan los recursos que la democracia actual nos otorga. Esta me parece es otra premisa sobre la

Aspectos críticos

Interesa destacar los trabajos políticos de la campaña, su notoria deficiencia del enfoque táctico y estratégico y la responsabilidad que a nosotros, socialistas, nos cabe en tales circunstancias.

No olvidemos que esta es nuestra lucha electoral, nuestra campaña presidencial. Entre las fuerzas políticas e independientes que dirigen y organizan el movimiento, nadie va a tener el interés que nosotros tenemos, naturalmente, en esta empresa. Sólo la clase trabajadora puede compartir ese interés. Como proyección dinámica y consecuente de la política aprobada en el Congreso de Unidad socialista, en 1957, y confirmada por los hechos en la jornada presidencial de 1958, la Campaña Presidencial del Pueblo y la candi-

dad deberemos elaborar nuestra línea de acción. Vale decir, si aceptamos las condiciones actuales de la lucha cívica ello no significa que estemos resueltos a entregar en manos de la mayoría reaccionaria la suerte final del estatuto que pueda regir la elección presidencial de 1964. Para evitarlo estamos dispuestos a apelar a todos los medios, como ya se ha dicho, y desde hoy el partido estará en pie de lucha para cumplir con estas orientaciones.

Pero hay más aún. Si bien es cierto que dentro de la formalidad jurídica las condiciones que rodearán el acto electoral, teóricamente al menos, dan al candidato del pueblo las mismas posibilidades que a los candidatos de la derecha y del imperialismo, no es menos cierto que existen factores de hecho que están distorsionando el proceso en favor de quienes pretenden mantener las condiciones actuales. Por eso añadimos la necesidad de luchar por eliminar la coacción física o material que atentan contra la equitativa opción de las diferentes tendencias políticas.

Combatimos, por eso, las organizaciones civiles de choque, clandestinas o no —las tendencias ultrarreaccionarias personificadas en nuestros gorilas nacionales y en los sectores más recalcitrantes de la derecha chilena. Los denunciaremos y los combatiremos porque es preciso eliminarlos si pretendemos dar la lucha en condiciones relativamente normales. Llamamos, en consecuencia, a la formación de "Comités de Vigilancia Popular", que aplasten en su origen todos los brotes destinados a construir las escuadras de la resistencia frente a la eventual victoria del pueblo.

La datura del camarada Salvador Allende configuran una forma concreta de la acción política del Partido en las actuales condiciones objetivas del proceso político y social de Chile. Es una acción política concreta que, por supuesto, no desahucia cualquiera otra que las circunstancias reales planteen en un momento dado. Ya hemos examinado con claridad esas circunstancias posibles o eventuales; la lucha eleccionaria con los tres candidatos principales: Allende, Frei y Durán o la crisis institucional y el golpe de estado subsecuente. La organización y dirección del movimiento popular para la victoria del camarada Allende en las urnas, el 4 de septiembre, implica necesariamente la preparación del pueblo para impedir cualquier golpe de

fuerza reaccionario. La cuestión fue planteada con la mayor franqueza por el camarada Secretario General del Partido en su informe de la reunión plenaria e informal de mediados de mayo último, de que dimos cuenta anteriormente.

Por eso, repetimos que la campaña presidencial del pueblo, la lucha electoral del camarada Salvador Allende, es una empresa nuestra, una empresa del Partido Socialista. Todo lo que ocurre en la campaña, la suerte de la lucha, la instauración y el desarrollo del futuro gobierno popular, son y deben ser de la mayor responsabilidad del Partido Socialista, sin que ello signifique desconocer la cuota de responsabilidad solidaria que en tal empresa deberán tener nuestros aliados políticos.

El papel del Ejército

Se ha estado idealizando el papel que juega en Chile nuestro ejército. Es verdad que él, institucionalmente, ha tenido en los últimos tiempos una conducta ejemplar. No hemos vivido la vergüenza del Perú o de Argentina, la rotativa de los generales en el poder, la participación de los regimientos blindados sustituyendo la voluntad de los partidos. No tenemos un ejército político, partidista, sectario, inmiscuido abusivamente en el manejo de los asuntos públicos. Pero, si bien todo esto es verdad, también es cierto que en conjunto, como institución, dependiente de un gobierno inspirado por la burguesía y por el imperialismo, el ejército ha sido adscrito a una política reaccionaria y extranjera, con absoluto olvido de su condición fundamental de fuerza nacionalista y patriótica.

El Pacto de Ayuda Mutua, el Pacto Militar, ha transformado —tanto al ejército de tierra como a la Aviación y a la Marina de Chile— en una dependencia, en una fracción de la fuerza militar de los EE. UU. empeñada en una belicosa política de hegemonía en el mundo; se expresa esta vinculación antinacional en una variedad de mecanismos, que van desde el otorgamiento generoso de becas para la instrucción de oficiales en las instituciones norteamericanas hasta los cursos de adiestramiento político, programados y ejecutados por oficiales yanquis en distintos países de América Latina, llegando, por fin, a las maniobras combinadas, particularmente de nuestra Marina de Guerra, en la que juegan el papel de simples divisiones subalternas de la escuadra americana. Todo esto podría tener alguna justificación aparente has-

ta el momento en que la cobertura global de tal política, la Organización de Estados Americanos, pasó —como ya hemos dicho— a transformarse en una Alianza de países capitalistas y antisocialistas en lugar de ser, como hasta ahora pretendía, una simple estructura de coordinación de naciones puestas por la historia dentro de un mismo campo geográfico.

Si nosotros, los chilenos, deseamos ahorrar-nos las vergüenzas de la participación castrense en la política; si efectivamente queremos que la contienda electoral de 1964 se realice en un plano de equidad, es preciso neutralizar categóricamente y definitivamente a las Fuerzas Armadas, impedir su utilización, aunque sea indirecta, en los planes políticos de los partidos de gobierno.

De ahí, entonces, que exigimos algunas medidas elementales, entre las cuales, la principal nos parece la inamovilidad de los oficiales de las Fuerzas Armadas chilenas durante 1963. El procedimiento de selección y de retiro actual hace que los oficiales Generales de las 3 ramas dispongan de poderes discrecionales para eliminar de las filas a todos los oficiales subalternos, frecuentemente por motivos de desconfianza política. No existen los mecanismos jurídicos de defensa que permitan acreditar la solvencia profesional de quienes son injustificadamente eliminados.

Si partimos de la base que la mayoría, por no decir la totalidad, de los Generales y Almirantes permanecen en sus puestos precisamente por sus claras simpatías hacia el orden actual, no podemos entregar a sus manos la selección, durante el año próximo, de los oficiales que deben permanecer en las filas cuando se produzca la gran decisión chilena en el orden presidencial. Igualmente es indispensable la inmediata suspensión de relaciones entre las fuerzas armadas chilenas y las fuerzas congéneres de aquellos países que mantienen gobiernos militares. Si aquí en Chile nuestros marinos, nuestros militares y nuestros aviadores son cuidadosamente apartados del trato con la política militante y con los partidos, no podemos autorizarlos para que, a través de distintas formas de vinculación, mantengan relaciones fraternas con quienes dejaron de ser soldados para desplazarse a la política activa, usurpando el papel de los legítimos representantes populares.

Del mismo modo, como ya se ha dicho, debe suspenderse de inmediato todo lo que implique adiestramiento militar de nuestros oficiales bajo la dirección norteamericana. Nadie desconoce que fuera de los conocimientos

propiamente profesionales que en esas Academias, cursos, y con esas becas se imparte, se dan también orientaciones políticas anti-populares.

Y, por último, será indispensable que en el curso del período que va desde ahora hasta la elección presidencial, el gobierno se abstenga del empleo de las fuerzas armadas en tareas típicamente policiales. Con una frecuencia cada día mayor, maliciosamente reiterada, los Ministros y Gobernadores de los últimos años se empeñan en colocar de hecho al pueblo de uniforme, a los soldados del ejército chileno, en actitud de represión contra las manifestaciones populares. Para eso está la policía, para eso está el Cuerpo de Carabineros. Nosotros sostenemos que la utilización en estas faenas de los soldados, los marinos y los aviadores, envuelve una maniobra criminal para enfrentarlos al pueblo, para establecer diferencias insalvables entre el pueblo de civil y el pueblo de uniforme, para, en fin, cultivar odios entre las víctimas de la represión, y los hombres de las FF. AA. que facilitan el empleo político de estas últimas.

En suma, compañeros, no sólo se trata de cautelar la rigurosa vigencia de las actuales normas jurídicas y constitucionales dentro de las cuales estamos dispuestos a luchar por la próxima presidencia de la república. Se trata también de impedir la alteración de esas normas, de evitar las maniobras destinadas a establecer un estatuto legal que le de ventajas a los candidatos reaccionarios y se trata simultáneamente de evitar que las fuerzas armadas nacionales se utilicen bajo la apariencia de neutralidad, como elementos de contención del pueblo.

Lo planteamos así, abiertamente, porque el problema, en último término es el siguiente: o buscamos una simple suma de fuerzas electorales para lograr una cómoda victoria en las urnas, alrededor de objetivos colectivos, o buscamos una concentración de fuerzas alrededor de una bandera que signifique transformaciones profundas de la estructura nacional. El primero es el camino electorista y fácil, el camino de aquellos que persiguen simples adiciones matemáticas para traducirlas en una victoria en las urnas. El otro es el camino sustantivo de quienes luchan por transformar el país y la sociedad. En otras palabras, y escuetamente, el problema actual que tanto confunde a ciertos sectores de la opinión pública está planteado así: o unidad alrededor de un candidato demócratacristiano,

o unidad alrededor de un candidato del FRAP. ¿Es este un simple problema de hegemonía, de amor propio, de gravitación partidista sobre el futuro gobierno? ¿Es este un asunto egoísta de partido, o es algo vital por su contenido y por su naturaleza? Nosotros creemos que la alternativa representa un dilema fundamental: mientras la democracia cristiana, cuya conducta política opositora no objetamos, no repugna una eventual alianza con la derecha, ni se ha pronunciado categóricamente contra el orden tradicional en su conjunto, el FRAP representa sí, con absoluta claridad para las masas chilenas, un cambio de extraordinaria profundidad: la alteración esencial de las normas de convivencia, que han estado hasta ahora vigentes en nuestro país.

Ampliación de nuestro frente

En la contienda presidencial próxima no habrá espacio para los neutrales. El pueblo tiene conciencia de estar decidiendo allí su destino. Y, precisamente, por el significado radical y trascendente de esta elección acogeremos con la mayor amplitud a las fuerzas vivas que coinciden con nuestros postulados fundamentales, muchos de los cuales por primera vez intervendrán en una contienda cívica. Y, en seguida, de nuestra conciencia política, de nuestro criterio, dependen el no sectarizar la candidatura del compañero Allende con mezquinas perspectivas partidistas. Entendámoslo bien. El compañero Salvador Allende es nuestro camarada, aspiramos a que él sea Presidente de la República, no queremos utilizar su nombre y su influencia sólo para acrecentar nuestros volúmenes electorales de Partido. Por eso, será indispensable que con extraordinario cuidado el Partido le de la jerarquía necesaria a las actividades de la campaña presidencial, y establezca con claridad las fronteras hasta donde ella puede o debe confundirse con nuestra lucha por conquistar los municipios para el Partido Socialista y para las fuerzas de izquierda.

En cada manifestación pública, al revés de lo que en algunas partes ha ocurrido, debemos sumar a todas las fuerzas posibles, apelar fraternalmente a la participación de nuestros aliados, cuidar con precaución de no herir los derechos, las susceptibilidades ni los intereses de quienes como nosotros están sirviendo a una causa común.

Un amplio trabajo en todos los frentes: sindical, campesino, de pobladores, juventud,

estudiantes, de mujeres, en todas partes nuestros núcleos deben salir del trabajo introvertido que muchas veces realizan, para constituirse en la fuente dinámica de acción de las organizaciones más amplias del pueblo. Y, finalmente, todo ello sólo adquirirá su máxima eficacia si hay un control eficiente en la dirección del trabajo en manos de los Comités Regionales. Las fuerzas que nosotros despertemos en todos los sectores, las organizaciones que surjan, las iniciativas que se promuevan, deben ser cuidadosamente vigiladas por nuestros órganos de dirección local y regional, para orientar todo eso, para aprovechar las experiencias, para entenderlas, para ganar cada día nuevas voluntades, para hacer cada vez más enérgica la voluntad colectiva. Esto es lo que nosotros pedimos a nuestros compañeros en este Pleno. Una transformación radical de nuestros métodos de trabajo, una adquisición de conciencia de nuestro verdadero papel de vanguardia: so-

mos muchos pero no somos bastantes, no somos todo. El Partido Socialista es un destacamento que marcha a la cabeza del pueblo, que enseña, que guía y que conduce, y debemos ser dignos de ese papel. Gran parte de lo que obtengamos dependerá del espíritu de superación de cada militante, de cada dirigente, de cada activista, de cada mandatario. Yo espero, compañeros, que este Pleno sea histórico en la trayectoria del Partido, que en vísperas de cumplir 30 años de batalla en todos los frentes de los trabajadores chilenos, después de haber contribuido a elaborar una estrategia de clase, que pretendemos materializar ahora en esta campaña presidencial, el Partido Socialista en plena tensión de sus posibilidades revolucionarias, levantándose por encima de sus limitaciones, alcance la estatura que le permita proclamarse mañana como principal protagonista de la victoria final del pueblo sobre sus tradicionales adversarios: la oligarquía y el imperialismo.

Sugerencias a nuestros lectores:

EDICIONES "E R A" DE MEXICO

E. N. Dzelepy	EL MITO ADENAUER
Pierre de Vos	VIDA Y MUERTE DE LUMUMBA
E. Poniatowska	PALABRAS CRUZADAS
K. S. Karol	KRUSCHOV Y OCCIDENTE
N. Phillips	LA TRAGEDIA DEL APARTHEID (El Racismo en Sudamérica)
E. N. Dzelepy	FRANCO, HITLER Y LOS ESTADOS UNIDOS
E. González	EL GRAN VIRAJE
Sol Arguedas	CUBA NO ES UNA ISLA
E. D'Astier	LOS GRANDES
F. Benítez	LA ULTIMA TRINCHERA
L. Suárez	CONFESIONES DE DIEGO RIVERA
Gral. V. Rojo	ESPAÑA HEROICA (10 Bocetos de la Guerra Española)
Carlos Valdés	CRONICAS DEL VICIO Y LA VIRTUD
A. Jodorowsky	CUENTOS PANICOS
S. Novo	HA VUELTO ULISES
Carlos Fuentes	AURA

Visítenos en nuestros locales de Estado 360 - Oficina 6 y San Martín 136